

# Arácnidos

Milton Schinca

*(Escenario que debe permitir distintos aprovechamientos según las necesidades de la acción: elementos de un living de notoria clase alta, un ambiente profesional elegante, con un escritorio de lujo, sillón de cuero, etc.*

*Los personajes llamados Hombres Hirsutos variarán varias veces de aspecto y de atuendo, según se indicará en cada caso, pero deberá notarse que son siempre los mismos. El personaje llamado Sacerdote o Religioso irá vestido con ropa variada, perteneciente a las religiones que se indican cada vez).*

*(Aparece Marisa trayendo tras de sí un hilo larguísimo, que desenrolla y distribuye abarcando distintas zonas. Después se envuelve ella misma y queda aparte, como a la expectativa. Entra Martín con un portafolio en la mano. Lo abre y saca de dentro un montón de papeles. Los deposita sobre el escritorio. Los acaricia con unción)*

Martín.- *(A Marisa)* No creas que no te he visto. ¿Hasta cuándo vas a seguir con ese juego bobo de querer envolver todas las cosas? ¿No te das cuenta que el mundo es involvible?

Marisa.- El mundo, no sé. Pero tu mundo no. En los años que llevamos de casados, no te he visto hacer otra cosa que envolver todo a tu alrededor.

Martín.- Envolver todo... menos a ti. Te me escapaste siempre.

Marisa.- Las cosas que de veras te importan no se te escaparon nunca: tu profesión, tu poder, tus influencias...

Martín.- Trampas para atraparte a ti.

Marisa.- ¿A mí?... ¡Nadie puede comprarme! Ni tú.

Martín.- ¿Estás segura?... Estoy acostumbrado a no cejar.

Marisa.- Veremos.

Martín.- Veremos.

*(Ha aparecido Andrés. Mira con curiosidad a Marisa envuelta)*

Andrés.- ¿Querés que te deshaga el envoltorio? Como matambre no me gustás nada.

Marisa.- *(Con intención)* Me encantaría que tú, precisamente tú, me liberaras de una vez.

Andrés.- *(A Martín, mientras empieza a desatar a Marisa)* ¿Insistís en ir a esa reunión? ¿No te

convencés que ese asunto lo tenemos perdido?

Martín.- Lo estudié más a fondo y encontré varios puntos vulnerables por los que pienso atacar.

Andrés.- Pues entonces andá, y date de cabeza contra la pared.

Martín.- Deberías acompañarme.

Andrés.- ¿Yo?...

Martín.- *(Estudiándolo un momento)* No, tenés razón. Vos no estás para esos trotes.

Andrés.- Dar vuelta las cosas es un arte tuyo, no mío.

*(Termina de desatar a Marisa. Enseguida los dos se abrazan apasionadamente. Martín los mira con tristeza).*

Martín.- No, no quiero acordarme de ese día. Hace de esto... ¿cuántos años? Fue cuando los tres entramos a Facultad. Esa noche ustedes se amaron por primera vez. Ay, Marisa, ¿por qué no lo elegiste a él, cuando era el momento?

Marisa.- Yo lo elegí, sí, claro que lo elegí. Y él a mí también me eligió. ¿Cuántos años?... Pero después, a Andrés se le cruzó esa señorita de papá, y... Como buen Maquiavelo que es, encontró la forma más elegante de desprenderse de mí: echarme en tus brazos.

Andrés.- ¿Qué hubiera sido de ti, al lado mío?

Martín.- Y ahora ¿qué hago yo aquí? Cuánto mejor sería disiparme en el aire.

Marisa.- No te quejes: no hemos sido tan infelices, casados.

Martín.- Soñé con otro modo de estar juntos. Algo más de vísceras, ¿me entendés?

Marisa.- No sos hombre de vísceras.

Martín.- ¿Qué nos queda, entonces? *(Pausa vaga)* Pero basta de cháchara. Ya va corriendo la mañana.

Andrés: revisá esos papeles. Pero con lupa ¿eh?

*(Sale. Andrés se pone a hojear los papeles con visible desinterés. Poco después entra Laurencia, esposa de Andrés. Trae en su mano una tijera grande y unos moldes de papel. Va hasta Andrés y lo besa).*

Laurencia.- Hola, mi maridito... *(Enfrenta a Marisa; sonrío levemente)* Tú aquí... ¿Te extraña esta tijera? No es un arma, ni es para cortar camino. *(Extiende los moldes sobre la mesa)* Desde jovencita, me hago yo misma todos mis vestidos.

Marisa.- Me lo has dicho no sé cuántas veces.

Laurencia.- No creo haberlo comentado contigo.

Marisa.- Pero tu elocuencia es contundente; mucho más estando muda que cuando hablás.

Laurencia.- (*Mirando absorta los moldes*) Lo malo es que no puedo evitar la idea de que me estoy fabricando una especie de mortaja.

Marisa.- ¿Querés despertar conmiseración en tu marido?

Laurencia.- Mi marido sabe cuál va a ser el momento de mi final. Esa es una de las funciones de quien está enamorado: mirar al otro, descifrar lo esencial, callar siempre.

Marisa.- Eso se aprende, supongo.

Laurencia.- Eso es instinto.

Marisa.- Yo no soy mujer de instintos.

Andrés.- (*Frenando el diálogo*) Me aburren los dardos. Guardá esa tijera en su funda.

Laurencia.- Mejor se la dejo a Marisa. Ella sabrá lo que tiene que hacer.

(*Transición. Laurencia sola. Entra el Sacerdote. Viste hábito de Obispo católico. Rostro austero, ademanes nerviosos.*)

Obispo.- Me mandó llamar, señora.

Laurencia.- No me encuentro en caja, mi estimado Obispo.

Obispo.- Ya se lo he dicho: mejor que un Sacerdote es una hora y media de gimnasia jazz. ¿Qué espera de mí?

Laurencia.- De usted no. De Dios, que habla por su boca.

Obispo.- Muy pocas veces. En general yo hablo en turco y él me escucha en japonés.

Laurencia.- Desde chica me enseñaron que ustedes representan la voluntad del Señor.

Obispo.- ¿La voluntad del Señor? ¿Quién se lo enseñó?

Laurencia.- Un colega suyo de mi colegio. Lo contrario de usted: gordito y comfortable.

Obispo.- Un disparate, señora.

Laurencia.- ¿Y entonces a quién recorro para saber qué es lo que Él quiere de mí?

Obispo.- Al carnicero de la esquina. O a la televisión que todo lo demuestra. ¿Qué sabemos dónde se esconde Dios, qué portavoz elige cada vez? ¿Una portátil? ¿Una planta cualquiera? ¿Un ave de corral?...

Laurencia.- Estoy harta de mí, de mis actos de cada día. Necesito pasar a ser otra.

Obispo.- No crea en los saltos mortales. Suelen terminar en traumatología.

Laurencia.- Usted, por ejemplo: ¿ha pensado alguna vez en dejar su estado religioso?

Obispo.- Alguna vez no; todos los días. Pero no me hago ilusiones.

Laurencia.- Su Dios lo debe estar aplaudiendo allá arriba.

Obispo.- Tiene otras cosas más importantes que hacer. En medio de la sedición final en que está el mundo entero.

Laurencia.- Me pregunto qué hacer si todo se derrumba.

Obispo.- Mi mejor consejo sacerdotal: mucha gimnasia jazz.

Laurencia.- Le agradezco su bondad.

*(Cambio de escena. Marisa y Andrés en plena unión sexual. Ella está encaramada sobre él. Cesan los movimientos. Vuelve la calma)*

Marisa.- Justo hoy, festejando tu último examen, cuando acabás de recibirte... Pero te leo muy claro: venís decidido a terminar esto.

Andrés.- Mi cuerpo es sordomudo.

Marisa.- Cierto: no oye, no habla. Pobre de mí.

Andrés.- Yo no te sirvo, Marisa. Soy un tipo inerte.

Marisa.- ¿Inerte?... No en la cama, bien seguro. En lo demás...

Andrés.- Yo quiero salvarte, Marisa. De mi medianía, de mi pasividad. Tú necesitás al lado un triunfador nato.

*(Golpea las manos, como llamando. Entra Martín y queda de pie, como en cierta exhibición).*

Andrés.- Estudialo zona por zona, pieza por pieza, como si fuera un perro de raza. *(Lo va mostrando)* La mirada: fuerte como la de un hipnotizador. La boca: siempre entreabierta, dispuesta a devorar lo que le sirva. La mandíbula: recta, autoritaria. El tronco: afirmado con alma y vida en el suelo que pisa. Los brazos abarcadores, las manos prensiles. La risa reseca, del que no da ventaja alguna. Convencete, Marisa: es un típico amo...

Marisa.- ¿Por qué has tramado esta comedia? Se parece a una tela de araña. ¿Para poder casarte tú con esa tal Laurencia, que ha aparecido en tu horizonte?

*(Andrés se pone de pie, acerca a Martín y a Marisa, hace que se tomen de la mano. Se pone ceremonial, pero con un dejo leve de ironía)*

Andrés.- Os declaro marido y mujer. Les doy mis mayores bendiciones. Pueden besarse ante Dios. Hace de esto doce años.

*(Martín y Marisa se dan un beso puramente formal. Luego Marisa sale, claramente disgustada).*

*(Cambio de escena. Andrés y Martín)*

Andrés.- Hay que felicitarte, pues. Este asunto estaba más que perdido. Tú lo diste vuelta como un prestidigitador.

Martín.- Siempre se puede inventar un resquicio... rascar una voluntad, acariciar una egolatría...

Andrés.- La victoria es únicamente tuya.

Martín.- No creas: en nuestro Estudio Jurídico, vos aportás la negatividad, el derrotismo. Que también son parte de cualquier victoria, no te equivoques. *(Pausa)*

Andrés.- ¿Y ahora qué va a pasar? Ya estoy escuchando a los diarios y semanarios que vos bien sabés: «Una vez más, el estudio jurídico de Fulano y Fulano sirvió los intereses de empresas extranjeras en perjuicio del país».

Martín.- ¿Te aflige?

Andrés.- Mi olfato no me tranquiliza para nada.

Martín.- El mío me dice que volaremos cada vez más alto.

Andrés.- Las alturas me marean. *(Sale con paso inseguro)*

Martín.- *(Para sí, mientras lo mira alejarse)* ¡Grandísimo tonto!... ¿Para qué me servís?

*(Aparece el Sacerdote, pero ahora viste ropa de Cura católico común. Actúa pausadamente y parece muy concentrado. Va hasta la mesa y abre el maletín que traía consigo. Saca de dentro algunos implementos religiosos y un ave de corral muerta. Los distribuye sobre la mesa, como si formara un pequeño altar. Se arrodilla frente a él, y queda un momento en actitud de orar).*

Cura.- Señor, he aprendido que tú no eres el que eres. Te veo como el espejo de los que aquí miramos: es decir, podredumbre pura. Yo ya no sé cómo protegerte. Yo también estoy contaminado.

Martín.- *(Agrío)* ¿Me hace el favor, mi estimado delegado del que está allá arriba? ¿Cuándo va a terminar con semejante payasada?... ¿Insiste en demostrarme que mis victorias se deben a su Jefe, el que anda caminando por las azoteas? Se equivoca, mi amiguito: mis victorias las he forjado yo mismo, con esta mente que aquí me ve.

Cura.- No lo dudo, señor. *(Sumiso)* Pero usted es usted: un poderoso. Yo soy en todo caso un alfiler al que ni siquiera le dejaron la punta para pinchar.

Martín.- Por eso tiene entrada en esta casa. Y porque no le hace el menor caso al Superior de su congregación, mal entendedor del mundo en que estamos.

Cura.- De lo único que entiende mi Superior es de los pobres, los desheredados, todo eso. Por supuesto, todos los pasos que da, le salen errados.

Martín.- O sea que usted, sin jerarquía, anda a la deriva.

Cura.- Señor mío, ¿cuántas veces se lo he dicho?: desde hace un tiempo, el Superior de mi congregación es usted...

Martín.- Tiene entonces el cielo asegurado. Su cielo, naturalmente; no hablo del mío. *(Le extiende la mano, el Cura le besa el anillo con unción. Con inesperada brusquedad)* ¿Ya ha terminado de guardar todos esos cachivaches que desparramó sobre MI escritorio? ¿Piensa retirarse?

Cura.- Si el señor Superior no dispone otra cosa...

Martín.- *(Punzante)* ¿Tiene que ir a despedir a algún moribundo...? La extremaunción me parece la más hermosa tarea que un sacerdote puede hacer. Mucho más que el bautismo. La gente necesita que la despidan confortablemente, y no que le den bienvenidas infundadas. *(Se dirige directamente hasta él y lo enfrenta con severidad)*. Pero dígame a su moribundo que tendrá que esperar.

Cura.- *(Algo desconcertado)* Como usted mande, pero...

Martín.- ¿Sabe, señor Gerente de Dios? Me he enterado que el sótano de esta casa se ha llenado de arañas de todo tipo; ¡hasta tarántulas! Necesito sanear ese lugar. ¿Quién mejor que usted? ¿No es parte privilegiada de su profesión sacerdotal...?

Cura.- Doctor... usted comprenderá... yo no podría...

Martín.- *(Interrumpiéndolo)* ¿No podría qué, mi apreciado Intercesor?

Cura.- No creo que podría ser eficaz en esa tarea.

Martín.- Eso lo calibro yo, no usted. Usted recibe órdenes que -no lo dude- vienen directamente del Presidente del Directorio de allá arriba. El ha entendido con todo acierto que esa tarea de saneamiento terrenal le corresponde a usted. ¿No es acaso la esencia misma de la religión?

Cura.- Quizás yo no sepa...

Martín.- *(Cortándolo)* Sabrá... No pierda un minuto más. Póngase enseguida manos a la obra. ¿Algún comentario?

Cura.- *(Abrumado)* No, señor. Que Dios me asista.

Martín.- Entonces baje, ¿qué espera? *(Le abre la puerta del sótano)* Cuando termine, golpee las tablas del piso, que le abriremos. Y tráigame los cadáveres en una cajita. Nada más reconfortante que arañas muertas adentro de una cajita. Adelante.

*(Con mil resistencias interiores, el Cura desaparece por la trampa del sótano. Martín cierra con violencia la tapa del piso. Se lo ve exultante. Aparece Marisa, que se ocupa de recoger los distintos*

*hilos desparramados por ella en el suelo).*

Martín.- Muy bien. Después de este triunfo, mi querida, todos necesitamos un buen descanso: tú, yo mismo, Andrés, Laurencia. *(Martín va animoso hacia el teléfono)*. Mi estimada secretaria, ocupate de todo: haremos un viaje a Cancún y un crucero por el Caribe... Somos cuatro. Hoteles cinco estrellas, por supuesto... *(Sale, dinámico)*

*(Marisa ha terminado de recoger los hilos. Queda absorta un momento. Luego llama hacia afuera, con inquietud).*

Marisa.- ¡Andrés! ¿Dónde estás? Necesito hablarte. *(Entra Andrés)* Mi amor, no soy una desertora. Pero tengo miedo.

Andrés.- ¿Miedo de qué?

Marisa.- De Martín, por supuesto. Quiero que lo sepas: va a desprenderse de ti.

Andrés.- ¿Qué estás diciendo?

Marisa.- Lo estorbás. ¿Por qué tiene que compartir contigo lo que él está consiguiendo por sus solos medios: dinero, prestigio, posición social, poder? Si algo no es Martín, es un benefactor. Lo que no le sirve, lo tira a la basura.

Andrés.- *(Después de pensar unos momentos, incrédulo)* Hemos sido demasiado compinches.

Marisa.- Mi querido, ¿a quién le importa lo que haya sido antes? En nuestro mundo, lo que no nos sirve ahora, deja automáticamente de existir.

Andrés.- ¿Te habló algo de eso Martín?

Marisa.- Frases sueltas, algún juicio sobre ti, como al pasar...

Andrés.- *(Luego de pensar un momento)* No te creo. Estás tratando de separarme de él. Perdés el tiempo.

Marisa.- Pero yo ya encontré cómo salvarte. Escuchame bien: tú, como abogado de gente grandiosa, sos demasiado débil. Pero hay algo que él va a necesitar a medida que crezca: apoyos políticos. Los pocos que tiene ya no le bastan.

Andrés.- ¿Y yo qué tengo que ver con apoyos políticos? ¡Yo nunca fui político, ni lo seré jamás! *(Mirándola a fondo)* Marisa, convencete: yo no soy nadie, en ningún orden.

Marisa.- Pero él puede hacerte alguien. Si Martín quiere, te abrirá camino.

Andrés.- Empiezo a dudar de tu inteligencia.

Marisa.- Dejame actuar a mí. Yo sé manejarlo; sé bien lo que hay que hacer.

*(Sale. Andrés queda absorto por un largo momento. Luego se empieza a sacar con lentitud la ropa)*

Andrés.- Otra vez las redes, queriendo envolverme. ¿Dónde estoy? ¿Este soy yo?

*(Cambio. La escena ha quedado vacía. Entra Laurencia, desmelenada, con la ropa hecha jirones. Trae una especie de objeto amorfo de material blanduzco y formas imprecisables. Algo más de un metro de alto. Quizás evoque lejanamente a algún ser vivo, pero no se parece a ninguno).*

Laurencia.- De niña te había puesto un nombre, y te lo decía a cada rato. Pero ya no me lo puedo acordar. Sólo tú, con tu manera impenetrable de ser algo, me hablabas, y hablábamos... Pero ahora estás muda, desde hace años.

*(Sienta a la Cosa en una silla, y se pone frente a ella).*

Laurencia.- Ahora quiero que te enfrentes a mi verdad. Me estoy volviendo loca, ¿sabés? Es mi cuerpo el que quiere hablar ahora.

*(Laurencia comienza lentamente a acariciarse toda. Empieza por la cara, luego el cuello, los hombros; se desabrocha la blusa y saca al aire los senos. Cada vez está más excitada).*

Laurencia.- La caricia es la gloria, ¿sabés? El paraíso que nunca pudo ser. Mi esposo, mi querido Andrés, es buen amador, pero nosotras las mujeres somos castradas lo mismo. Si las mujeres nos soltáramos del todo, ¿adónde llegaría el planeta? Tú misma acabarías sabiendo qué sos: ¿mujer humana? ¿animal hembra? ¿lo que no se entiende? Y tendrías carne de verdad. Somos hermanas de sangre, tú y yo. O de no-sangre. De no-paraíso. Castrada hermana mía.

*(Se escuchan unos golpes en el piso, que Laurencia parece no escuchar).*

Laurencia.- Aquí te entrego esta tijera. Con ella cortaremos los conductos que alimentan al cosmos. Que todo se reseque.

*(Sale decidida. La Cosa quedará depositada en su silla, con la tijera encima).*

*(Cambio. Escenario vacío. Con fuerte impacto, se abre de golpe la trampa del piso. Después de un momento de inquietante expectativa, aparecen dos Tipos Hirsutos. Tienen enormes pelambres desarregladas y barbas profusas y caóticas. Los dos tienen atadas grandes servilletas al cuello y llevan tenedor y cuchillo en la mano).*

Tipo Hirsuto 1.- Por aquí, por aquí...

Tipo Hirsuto 2.- *(Contemplando el ambiente)* Hermoso lugar...

Tipo Hirsuto 1.- Una casa de ricachones.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Nos sentamos o nos quedamos parados?

Tipo Hirsuto 1.- Parados, mejor, así no perdemos tiempo cuando llegue el momento.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Estás seguro de que la torta sigue creciendo?

Tipo Hirsuto 1.- Lo aseguró por la tele el Ministro de Economía, que nunca dice una cosa por otra. Y aseguró que si la torta crecía, habría más para repartir entre todos.

Tipo Hirsuto 2.- ¡Qué bueno! Entonces, de un momento a otro tocarán el timbre para entregarnos nuestros pedazos. *(Pausa)*

Tipo Hirsuto 1.- *(Piensa un momento)* Pero ojo: quizás el reparto demore un poco. Vos sabés cómo es la burocracia. Mejor será que nos sentemos hasta que llegue la torta. Yo oí que alguien decía: «¿Repartir? Cómo no. Esperen sentados...»

Tipo Hirsuto 2.- *(Sentándose)* Pero nada de dejar por ahí nuestros cubiertos.

Tipo Hirsuto 1.- Dios no permita. A propósito: no estaría mal que, mientras esperamos, nos entrenáramos un poco.

Tipo Hirsuto 2.- Muy buena idea. A ver: los dos al mismo tiempo. ¡Ya!

*(Al unísono, comienzan a masticar en el vacío. Intercalan expresiones de satisfacción, plácemes mutuos, elogios a la torta. Terminada la «comida», los dos quedan con expresión harta).*

Tipo Hirsuto 1.- La verdad es que ha estado muy bueno el banquete. Parece que una siesta se hace obligatoria.

Tipo Hirsuto 2.- Dicen que para los ricos la siesta es sagrada.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Entonces qué esperamos? No somos ricos, pero en una casa como ésta, a uno se le pegan las costumbres de aquí.

*(Se tiran por ahí. Al instante roncan).*

*(Cambio de escena. Martín y Andrés. Mientras hablan, de tanto en tanto siguen los golpes en el piso, pero ninguno de los dos parece registrarlo).*

Martín.- ¿Leíste los materiales que nos mandó la gente de la transnacional...? No, por supuesto. Pero quedate tranquilo: yo ya le encontré todas las vueltas. Te aseguro que es un asunto muy gordo. *(Pausa reflexiva)* Sin embargo, para sacarlo adelante va a hacer falta... algo que no siempre está en mis manos: un manejo político adecuado, para abrirnos puertas en las esferas de gobierno.

*(Andrés empieza a observarlo, con ojos cada vez más inquietos. Trata de desviarle la atención)*

Andrés.- *(Precipitadamente)* En Cancún descubrí cuál es el secreto de la belleza del Caribe. Es como un aparato asesino subacuático, de aspecto exquisito, pero que...

Martín.- Ahora vienen las elecciones. Es obvio quién las va a ganar. Pensé que si en el gobierno

tuviéramos una llave poderosa, alguien que se volviera muy influyente... Yo, con mis relaciones, puedo hacer subir a esa persona en muy poco tiempo, convertirlo en una figura principal del gobierno, y entonces...

Andrés.- *(Muy inquieto)*... parece que viene una exposición de Picasso, no quisiera perdérmela, aunque Laurencia no soporta la pintura moderna porque...

Martín.- He pensado en ti, Andrés; estás como mandado a hacer para el manejo político fino. Con mi apoyo, tu carrera va a ser meteórica. Me alegro que lo entiendas así y que aceptes el nuevo lugar que nuestro Estudio te asigna.

*(Sale Martín, activo. Vuelven a escucharse los golpes en el piso. Andrés ha quedado desolado).*

A.- ¡Maldita! ¡Maldita mil veces, Marisa! ¿Por qué no dejás de tejer tus hilos?... ¡Marisa adorada!

*(Los Tipos Hirsutos en plena siesta. De golpe, Tipo Hirsuto 1 se despierta y se incorpora con violencia).*

Tipo Hirsuto 1.- Estaba pensando: ¿y el pobre tipo que quedó abajo?

Tipo Hirsuto 2.- ¿El loco ése?

Tipo Hirsuto 1.- Parecía un buen hombre. No sé qué decía acerca de un coso al que llamaba «Dios».

Tipo Hirsuto 2.- ¿Dios?... ¡Como no sea el jefe de alguna mafia, al que le dicen así...! Porque si fuera el Dios que yo conozco, se habría preocupado un poco más por ese desgraciado.

Tipo Hirsuto 1.- Vamos a sacarlo de ahí. A él no le quedan fuerzas para subir por sí mismo.

*(Entre los dos, sacan al Sacerdote del sótano. Es un despojo. Viste ahora como Pastor Protestante)*

Tipo Hirsuto 2.- ¡Uf, cómo hiede!

Tipo Hirsuto 1.- Se ve que no se bañó en este mes y medio.

Tipo Hirsuto 2.- Es puro hueso. ¡También!: alimentarse sólo con tarántulas...

Tipo Hirsuto 1.- ¡Qué chifladura, pobre loco!!

*(Arrojan al Pastor contra un rincón, donde queda tirado como una bolsa, completamente inmóvil)*

Tipo Hirsuto 2.- Me siento duro, entumecido.

Tipo Hirsuto 1.- Es que llevamos una vida demasiado sedentaria. Cuidado con la ociosidad, dicen los médicos.

Tipo Hirsuto 2.- Pero la culpa es nuestra, sí señor. Según dijeron por la radio, somos unos holgazanes, hasta que un día nos va a agarrar flor de infarto.

Tipo Hirsuto 1.- Así que tendríamos que inventar algo para combatir la perniciosa ociosidad.  
*(Piensan)*

Tipo Hirsuto 2.- Ya sé: ¿qué te parece si jugamos un rato?

Tipo Hirsuto 1.- ¿Jugar a qué?

Tipo Hirsuto 2.- No importa a qué. La cosa es moverse un poco.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Aunque no nos paguen?

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y quién nos va a pagar? La gracia está en vivir gratis. Así aligeramos el costo-país, y dejamos de ser una carga para el Estado.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Qué te parece si jugamos a los espejitos?

Tipo Hirsuto 2.- Bárbaro. Movés tú.

*(Se enfrentan. Uno de los dos hace gestos y movimientos, y el otro trata de reproducirlos igual).*

Tipo Hirsuto 1.- *(Al ratito)* Me aburrí. Pero hemos quedado como nuevos.

Tipo Hirsuto 2.- ¿No te decía yo? No hay como sentirse útil. Dentro de un ratito, empezamos otra vez.

Tipo Hirsuto 1.- Se me ocurre flor de idea: ¿qué te parece si subimos a la azotea? Quiero ser de los primeros en avizorar desde el horizonte el espectáculo de nuestro país recuperándose.

Tipo Hirsuto 2.- Excelente. Vamos a no perdernos detalle. ¡Subamos al encuentro de la prosperidad que ya llega!

*(Vuelven a bajar por la trampa del sótano y cierran con estrépito la puerta de madera).*

*(Cambio de escena. Marisa, en bombacha y sutién, se está poniendo un salto de cama. Poco después aparece Martín, en pantalones, sin camisa).*

Martín.- Hoy te he encontrado un poco más receptiva que otras veces... *(La observa con cierta emoción victoriosa)* Es hermoso escucharte bramar como una fiera de lujo...

Marisa.- *(Burlona)* Es que no somos como ustedes, tan ahorrativamente humanos... *(Pausa)*

Martín.- ¿Nada más que decirme, entonces?...

Marisa.- No me pidas más. Hoy tengo un día terrible.

Martín.- Ya sé lo que eso significa: encerrarte a solas en sus despachos con todos esos dueños de empresas, cazadores profesionales, y tú, la presa bienvenida... tratando de que ellos, los dioses de este mundo, pongan su firma al pie de tus facturas... ¡Qué asco!

Marisa.- Ya sería hora de que hubieras madurado.

Martín.- Escuchame, Marisa. Vienen tiempos de maravilla para nosotros. Estamos subiendo como un cohete espacial, ¿no te das cuenta?

Marisa.- ¿Entonces?...

Martín.- Yo necesito sentirte dedicada nada más que a volar juntos, cada vez más alto y más alto...

Marisa.- Te has puesto poético. Pero me estás queriendo encerrar en una campana de cristal...

Martín.- Quiero que sólo yo te escuche bramar como una fiera fuera de sí...

Marisa.- Ahora la mujer tiene que nadar en medio del oleaje de este mundo de mierda. Todas chapaleamos en la disponibilidad.

Martín.- Pero sos mi esposa, me parece.

Marisa.- Seré tu esposa, pero ahora las sensaciones corren por una pista distinta. La institución es una cosa, la piel es otra.

Martín.- Pensalo bien: te ofrezco todH eo lo que tengo: mi posición, mi patrimonio, mi poder...  
*(Mirándola con gravedad)* Me sería muy doloroso tener que dejarte fuera del juego...

Marisa.- Ah... ¿una amenaza?

Martín.- No. Una propuesta. No tengo mi patrimonio para seguir subvencionando locuras. Lo tengo para emprendimientos grandiosos, que te ofrezco compartir conmigo. Así que decidís tú.

*(Sale con paso firme. Marisa queda pensativa un momento, como deliberando consigo misma. Al fin deja caer el salto de cama y vuelve a quedar en bombacha y sutién).*

*(Cambio de escena. Andrés está mirándose con preocupación al espejo. Tiene una pinta estupenda. Repasa el peinado, ajusta la corbata, se pone el saco, lo calza bien, controla el lustrado de los zapatos, etc.)*

Andrés.- No estás mal, Andresito, nada mal. Ahora te dicen: «Sí, doctor», «Por supuesto, doctor»: ¡manga de cretinos!, ¿qué se piensan?

*(Ha terminado su arreglo, se dirige hacia el gran sillón de cuero, se sienta con cierta majestad, cruza la pierna, espera. Grabador en mano, aparece uno de los Tipos Hirsutos, pero ahora bien vestido y convertido en reportero).*

Reportero.- Nuestro reportaje de hoy estará dedicado a una de las figuras más sorprendentes del panorama político actual. Alguien que no tiene ningún antecedente político, y que sin embargo ocupa ya posiciones encumbradas en el partido de gobierno.

Andrés.- Debo hacerle una pequeña rectificación: yo no soy un político recién llegado; lo soy de toda la vida. Simplemente que no había podido dedicarme por entero a hacer política práctica, absorbido siempre, ad libitum, por mi profesión jurídica.

Mutatis mutandi, no se trata de cocinar razonados alfajores constitucionales. Mi idiosincrasia, in fine, es la de una anémoma partidista. Me importa que a la audiencia le quede bien clara esta conceptualización.

Reportero.- Senador: ¿qué lo decidió a volcarse a la política en este momento preciso?

Andrés.- Quería servir al país en una coyuntura tan crítica como ésta. Siguiendo a Giovanni Sartori en su Tratado de Diritto Penale, yo pienso que la caducidad, madre de todas las conciencias, debe colonizar lo que pueda quedarnos de viejas inducciones intrínsecas.

Reportero.- Quisiera hacerle ahora una pregunta quizás molesta. Muchas veces se ha criticado a su estudio jurídico por anteponer el interés de grandes clientes extranjeros al interés nacional.

Andrés.- Me apoyaré para contestar esa infamia en el sabio adagio latino: Non calentarum, largo virum. Nuestro estudio jurídico jamás ha compaginado edificios alógenos capaces de torcer in situ las transacciones incineradas que nadie aglutina.

Reportero.- Le agradezco, Senador, su participación en nuestro espacio. Ha sido usted notablemente claro y sobre todo conceptuoso.

*(Sale presuroso. Andrés se pone de pie y sale «de cámaras»).*

Andrés.- *(Sonríe con cierta complacencia)* No es tan difícil la comunicación televisiva. Basta con ser sincero y mostrarse tal como uno es. Veremos qué comentan mañana los diarios. *(Se restrega las manos con fruición)* Me parece que esto de hacer política va a ser pan comido. ¿Hasta qué alturas iré a llegar, Dios mío?...

*(Se mira al espejo, y se saluda a sí mismo con picardía).*

*(En ese momento el Pastor Protestante, que seguía tirado en el suelo, se incorpora apenas y lanza un largo aullido animal. Vuelve a quedar como estaba. Marisa aparece vistiendo un traje sastre muy a la moda. Está estupenda. Lleva un portafolio. Se sienta en una silla junto al escritorio. Espera. Poco después entra uno de los Tipos Hirsutos, con algún detalle que indique que es un ejecutivo importante. Saluda a Marisa con efusión intencionada. Ella se pone seductora. Él le acaricia el pelo, ella sonríe, complaciente. Le entrega unos papeles, que él, luego de una amable expectativa, firmará. Después la pone de pie, se abrazan, él la sienta sobre el escritorio y la acomete).*

*(Cambio de escena. Martín y Andrés)*

Martín.- Andrés, tengo que pedirte algo muy delicado. Se trata de Marisa. No soporto la vida que lleva.

Andrés.- Ese vivir entre cazadores, asediada momento a momento...

Martín.- Son tentaciones continuas. Sé que voy a perderla.

Andrés.- ¿Qué podés hacer? ¿Encadenarla? ¿Y qué puedo hacer yo?

Martín.- *(Mirándolo a los ojos)* ¿Tú?... Hablarle.

Andrés.- El marido sos tú, no yo.

Martín.- Pero te escuchará más a ti que a mí... *(Angustiado)* Andrés, yo tengo una imaginación enferma. ¡Qué fácil es decir «Fulana cometió un desliz», o «Dio un mal paso» o «Tuvo una aventura»! ¡Palabras vacías! Nadie atraviesa esa costra de palabras para sacar a luz lo que traen dentro. Pero yo sí lo hago, ¡desgraciado de mí! No sabés con qué nitidez me descerraja esta mi mente maldita, escenas que yo sé que están ocurriendo. Yo escucho, te juro que escucho con toda precisión, los bramidos de animal gozador que lanza Marisa, mi Marisa, sus delirantes alaridos finales, y veo desfilar como en una pantalla las complacencias crecientes, los consentimientos, los retorcimientos más impúdicos, las penetraciones, una por una. ¡Te juro que quedo cargado de fotografías atroces, Andrés... y no lo puedo resistir! ¡Es mi mujer, Andrés, lo que más amo en el mundo! ¡Y mi imaginación no me da un momento de respiro!

Andrés.- Calma. Parecés un adolescente desesperado.

Martín.- No te burles. Dame una mano. Te lo suplico.

*(Cambio de escena. Entra Marisa en bombacha y sutién, poniéndose el salto de cama, exactamente en la misma actitud que en la escena con Martín. Pero ahora el que entra es Andrés, vistiendo únicamente pantalón. Se lo ve afectado, sombrío).*

Andrés.- ¡Qué espanto, oírte bramar como una fiera de lujo!

Marisa.- Creí que a los hombres los halagaba: ¡ustedes, los señores del sexo!... Acaben de convencerse: ¿qué hay en el sexo? ¿En qué nos convertimos? Quizás nos volvamos animales mágicos, quizás diosas... Pero sólo nosotras. Ustedes apenas si alcanzan una ráfaga final. Por eso tienen perdida la partida.

Andrés.- *(Pausa dolida)* Pero a pesar de saber que sos así, no me importa decírtelo: te amo con locura.

Marisa.- *(Yendo hacia él, emocionada)* ¿Cómo pudimos demorarnos tanto? Ahora todo volverá a ser como antes.

Andrés.- Ahora nada volverá a ser como antes. *(Se abrazan apasionadamente. Salen abrazados).*

*(Cambio de escena. Vuelven a aparecer los dos Tipos Hirsutos: pero ahora los dos están con el pelo cortado, peinados a la gomina, vestidos con traje y corbata).*

Tipo Hirsuto 1.- Vernos así da gusto.

Tipo Hirsuto 2.- Hasta parecemos un poco ricos.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Para qué queríamos más?

Tipo Hirsuto 2.- ¿Qué nos tocará hacer hoy?

Tipo Hirsuto 1.- El Senador nos habló de que llega un visitante ilustre, o algo así. ¿Viste que los jefes de los diarios dicen «hay que cubrir la información del evento»?

Tipo Hirsuto 2.- ¿Qué mierda quiere decir «evento»?

Tipo Hirsuto 1.- Tendríamos que tener un diccionario a mano.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y qué es un diccionario?

Tipo Hirsuto 1.- Una especie de guía telefónica de las palabras.

Tipo Hirsuto 2.- ¡Qué brutal! Yo no sabía que las palabras tienen teléfono.

Tipo Hirsuto 1.- Cómo no. Teléfono y dirección.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y quién será el visitante que llega?

Tipo Hirsuto 1.- Me parece que el portero de un banco internacional. O el portero o el presidente, no me acuerdo bien.

*(Entra muy desenvuelto Andrés, vestido con enorme elegancia).*

Andrés.- Bien, muchachos. Ya les dije: el que llega es el Presidente de un gran banco transnacional. Ya les expliqué lo que pueden poner en sus crónicas y lo que no deben decir ni que los maten.

*(Salen presurosos los Tipos Hirsutos. Andrés se vuelve hacia fuera y llama).*

Andrés.- ¡Laurencia! Ya es hora de salir, querida. No podemos hacer esperar al Embajador.

*(Entra Laurencia, de gran gala).*

Laurencia.- ¿Te parece que estoy bien así?

Andrés.- Estás estupenda.

Laurencia.- *(Yendo hacia él con gesto afectuoso)* Me siento orgullosa de ti, Senador de la República... ¿Hasta dónde vamos a subir?

Andrés.- Hasta donde tú me lo pidas.

*(La besa brevemente. La toma del brazo y salen. Poco después aparece Marisa silenciosamente. Los mira irse).*

Marisa.- ¿Por qué no aprendo a andar sin nada? ¿Por qué no puedo ser yo misma en este mundo que elegí?...

*(Transición. Martín está sentado en su sillón, leyendo unos papeles. El otro Tipo Hirsuto está parado cerca de él, nervioso)*

Martín.- ¿Y el doctor Andrés ya leyó esta crónica?

Tipo Hirsuto.- Sí, señor. De punta a punta.

Martín.- ¿Y la aprobó?

Tipo Hirsuto.- Nos felicitó. Nos dijo: «Ustedes están mejorando a ojos vistas».

Martín.- ¡No se puede creer! *(Agarra un lápiz y hace varias tachaduras)* Si saliera esto, quién sabe si no terminaríamos en la cárcel... ¿Cómo les encarga esto a principiantes? *(Le entrega las hojas)* Bueno, vuelen al diario, pero digan que van de parte mía. Mía, no de Andrés.

*(Sale precipitándose el Tipo Hirsuto. Martín se ha sumergido en la lectura de unos papeles. El Pastor, con enorme dificultad, ha empezado a incorporarse. Su aspecto es lastimoso. Tiene algo de monstruo. Da unos pasos a los tumbos, agarrándose como puede. Vuelve a lanzar otro aullido semejante al anterior, pero Martín no da señales de haberlo escuchado. El Pastor se desplaza por detrás de Martín. Tiene en la mano un trapo negro. Se prepara a ponérselo en el cuello a Martín con intención asesina. En ese momento entra Andrés. El Pastor lo examina con atención. Después se dirige directamente hacia él).*

Pastor.- Buenos días, mi nuevo señor Superior.

*(Se arrodilla ante él y le besa respetuosamente la mano. Andrés no da señales de hacer caso de él. Se dirige hacia Martín, que ahora sí interrumpe su lectura y lo mira. El Pastor seguirá con atención la escena siguiente, pero sin intervenir).*

Andrés.- Tenemos que sincronizar mejor nuestros horarios. Los acontecimientos vuelan y a veces es indispensable que me informes a tiempo.

Martín.- ¿Que yo te informe?... *(Con leve ironía)* ¿Proponés algún plan de coordinación más aceptada, querido Senador...?

Andrés.- Tal vez dentro de poco tengas que decirme «querido Ministro»... Me han hecho ciertas proposiciones que... *(Lo observa)* ¿No te alegra?... Todo se nos hará más fácil.

*(El Pastor se ha puesto de pie. Está entre los dos. De modo muy ostensible, dobla con cuidado el género negro que tenía en la mano y lo deposita junto a Martín sin decir una palabra. Luego sale con gravedad ceremonial).*

*(Cambio de escena. De golpe aparece Tipo Hirsuto 2; otra vez barbudo, peludo, desprolijo. Se pone a*

*examinar cosa por cosa).*

Tipo Hirsuto 2.- No hay nada comparable a una casa llena de ricos. d

*(Aparece Laurencia, con la Cosa entre sus brazos. Mostrándole la Cosa)*

Laurencia.- ¿Sabe?: yo no soy este monstruo-mujer.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y por qué lo lleva a todas partes?

Laurencia.- Porque el mundo de ella es eso: todas partes. Y además para recordar quién no soy.

Tipo Hirsuto 2.- Yo tuve una madre parecida a ese monstruo. Se fue de casa cuando yo tenía cinco años. La quería con locura. Nunca más supe de ella. Si usted quiere, pásamela a mí. Yo también la llevaré a todas partes.

*(Laurencia duda unos momentos. Después le entrega La Cosa. Se ve la felicidad pintada en el rostro del Tipo Hirsuto 2).*

Tipo Hirsuto 2.- *(Hablandole a la Cosa)* ¡Vieja, qué suerte que hayas vuelto! Sé que contigo se ve todo claro. Ahora podré descubrir quién fuiste tú, qué fue de mí en todo este tiempo. Vamos juntos a ver si entendemos algo. *(Desaparece hacia el sótano).*

*(Cambio de escena. El Religioso aparece ahora con ropa de Rabino. No cesa un momento de hablar en lenguas, diciendo lo que parece una oración salpicada de imprecaciones furiosas. Cuando termina su operativo, calla un momento).*

Rabino.- El Espíritu del Señor pudo por fin hilvanar su infructuoso discurso y ha hablado por mi boca. Es que las tarántulas conocen mejor que nadie el lenguaje sagrado. Son animales místicos, y como tales, incomprensibles. La salvación es convivir con ellas. Enchastrarse, Señor: tú no tienes la culpa de cómo estamos siendo aquí abajo. Mejor que no nos mires.

*(Golpea las manos como llamando, dispone asientos en la forma que se indicará. El escenario queda dispuesto como si fuera una sala de audiencias. En dos sillones enfrentados al público, están sentados Andrés y Martín. En un plano más alto, sentada en una silla pelada, está Marisa también de frente al público y vestida con una túnica carcelaria. A los costados se disponen Laurencia y los dos Tipos Hirsutos, el número 2 teniendo la Cosa en brazos, sólo que amordazada).*

Rabino.- Mis reverendas tarántulas, está abierta la sesión. Tiene la palabra el querellante, el destrozado. *(Expectativa)*

Martín.- Quiero empezar preguntándole a mi Marisa querida: ¿has tomado ya tu decisión?

Marisa.- La he tomado.

Martín.- ¿Podemos conocerla todos?

Marisa.- Por cierto: seguiré haciendo mi vida como hasta ahora.

*(Conmoción general)*

Martín.- ¿Sos consciente de que me estás hiriendo de muerte?

Rabino.- Se le ruega a la inculpada que sea muy precisa en sus expresiones.

Marisa.- *(Como si hablara para sí misma)*... Por fin he entendido que la carne que se nos dio, es un camino para... Pero ustedes, varones, nenes chicos, no podrían entenderlo. A lo único que atinaron fue a encadenarnos, a hacernos creer cuentos estúpidos: que para que nuestra carne funcione, tiene que intervenir el sentimiento. ¡Gigantesca, asquerosa mentira! Si amamos, mejor: vamos mucho más a fondo. Pero si no amamos, igual la carne nos da a raudales lo que necesitamos.

Rabino.- ¿Qué opina el otro querellante?

Andrés.- Creo que tiene la razón en todo. Pero nosotros los varones no estamos preparados para esas razones. Nos tendrían que hacer todo de nuevo.

Tipo Hirsuto 1.- ¡Si ahora las mujeres parecen varones! Se portan como lo hicimos nosotros toda la vida.

Marisa.- Mi madre me educó en las viejas mentiras, en los errores de siglos. Pero fue mi madre, también, quien sin saberlo me enseñó el camino: con su frustración, con ese irse quedando reseca y muerta a medida que pasaban los años... Entonces me di cuenta hasta qué punto ella, y todas las demás, habían sido preparadas cuidadosamente para no reconocer las verdades más sencillas. Por ejemplo ésta: que el amor y la carne caminan por carriles diferentes.

Tipo Hirsuto 1.- *(Poniéndose inteligente)* Yo digo: está naciendo una mujer con cuerpo libre, y un hombre que todavía no sabe cómo manejarlo.

Tipo Hirsuto 2.- ¡Bravo, colega! ¡Qué dominio del tema sexual! ¿No serás un poco marica?

Rabino.- *(Didáctico)* Lo ilustraré mediante un apólogo, inspirado en los Libros Sagrados: con la velocidad de una liebre, la mujer corre hacia la libertad de su cuerpo; pero con la velocidad de una tortuga, el varón va al tranco hacia la aceptación de esa libertad. En consecuencia, mis apreciadas tarántulas...

Laurencia.- Señores varones: ¿por qué no escuchan al sabio sacerdote? ¡Dios habla por su boca! ¿Por qué no se apuran un poco? Somos mujeres. De pelo en pecho. Con toda la barba. Tenemos los cojones bien puestos. ¡No podemos esperarlos!

Rabino.- Mis amigos: los conmino a encerrarse cada uno dentro de sí. Comprobarán que allí se encuentra el Señor, esperándolos; un bicho-madre, una araña sacrosanta, moviendo las patas con elocuente lentitud. Pregúntenle a él, afinen el oído, no se hagan trampa. *(Golpeando las manos)* Queda levantada la sesión.

*(Cambio de escena. Marisa sigue sentada en la misma silla, pero ahora atada. Andrés le da vueltas alrededor).*

Andrés.- Te leo como un libro abierto. Fue el segundo gran empresario de esta semana. Bramaste como una fiera. Puedo hablarte de las tres horas que pasaron.

Marisa.- Ves todo con una claridad asesina. Sin embargo fueron noches estupendas. Lo que sentí con estos amigos fue cosa de cuerpo, de piel, puros delirios, sueños sangrientos. Cuando pasan, cuando abro los ojos, estás otra vez tú. Son territorios separados. Te amo, Andrés. Te amo locamente. Te amo. Te amo.

Andrés.- Tal vez tu cinismo tenga razón. Pero ante tu cuerpo, me siento un bebito, un retardado que recién llegó al mundo.

Marisa.- Y es verdad: sólo el cuerpo de mujer conoce. Ustedes, en cambio, son los analfabetos de la carne. (Mirándolo a los ojos) Ahora podés flagelarme todo lo que quieras. Para eso me hiciste venir.

*(Andrés parece dudar un momento. Va hasta ella, la libera, quedan mirándose un momento, después se echa uno en brazos del otro con la mayor pasión).*

*(Cambio de escena. Estruendo impresionante de sirenas de patrulleros, motos que frenan, puertas de autos que se cierran precipitadamente. Martín, solo en su escritorio, queda sorprendido. En ese momento, se abre la puerta de una patada e irrumpe Tipo Hirsuto 1 sosteniendo un revólver con las dos manos y apuntando en todas direcciones).*

Martín.- ¿Pero qué es esto? ¿Qué modo de entrar en un Estudio Jurídico? ¿Qué hace con ese revólver?

Tipo Hirsuto 1.- Yo qué sé. En las películas norteamericanas todos entran así.

*(Entra Tipo Hirsuto 2. Trae colgado un aparato metálico, al que le da vuelta una especie de manivela. Del aparato sale el sonido de las sirenas de patrullero, las motos, etc.).*

Tipo Hirsuto 1.- Apagá eso, que ya no se necesita.

*(Tipo Hirsuto 2 deja de hacer girar la manivela. Cae un silencio incómodo).*

Martín.- ¿Quiénes son ustedes?

Tipo Hirsuto 1.- Los guardaespaldas del señor Ministro, que debe estar llegando en el ascensor.

Tipo Hirsuto 2.- Si quiere que lo entretengamos mientras, somos malabaristas, tragafuegos, saltimbanquis...

Tipo Hirsuto 1.- O podemos prestarle una revista porno. A usted le haría falta: ya se sabe que la abogacía seca el sexo.

*(Entra en ese momento Andrés, con gran pinta de Ministro).*

Andrés.- Gracias, muchachos. Quédense por ahí.

*(Salen, resueltos, los dos Tipos Hirsutos)*

Martín.- ¡Cuánto aparato!... Ni que fueras un jeque árabe.

Andrés.- Sin embargo es el jeque árabe el que tiene que trasladarse para venir a verte a ti...

Martín.- Sabés bien que hay papeles que no pueden salir de este lugar. *(Se los pasa)* Con dos decretos tuyos, sacamos esto adelante.

Andrés.- *(Luego de darles una lectura)* Santo Dios...

Martín.- Antes de fin de mes. *(Pausa tensa)*

Andrés.- Dame tiempo. Tengo que pensarlo.

Martín.- *(Sorprendido)* ¿Pensar qué? ¿Frente a este regalo del cielo...?

Andrés.- Como Ministro no puedo actuar a tontas y a locas...

Martín.- ¿De qué estás hablando? Tu Ministerio nos importa un pito, a ti y a mí. Yo te puse allí para que hicieras lo que tenés que hacer. Bueno: llegó el momento. Ya sabés que nuestros clientes son intocables, y nuestro deber profesional es que sus cosas caminen.

Andrés.- Algún día van a rodar por el piso. Y nosotros con ellos.

Martín.- ¡No me hagas reír! Seguíis viviendo en un mundo que no existe más.

Andrés.- *(Luego de una pausa)* Dejame estudiar esto.

Martín.- ¿Qué decís? No te entiendo. *(Mirándolo con desconfianza)* ¿No será que te estás tomando demasiado a pecho tu carrera política? ¡Claro! primero Senador, enseguida Ministro. ¡Sos un cohete espacial! ¿A qué querés llegar: a Presidente de la República?

Andrés.- Pensá lo que quieras. *(Pausa más cargada)*

Martín.- Cuidado, Andrés: no quiero vacilaciones. Yo no voy a permitir que se nos estropee este negocio.

Andrés.- No me siento seguro. Quiero la opinión de mis asesores.

Martín.- ¿De tus asesores? ¿Pero qué estás diciendo?... Bueno, y al fin de cuentas: ¿cuánto cuestan tus asesores?

Andrés.- Te equivocás: hay muchos no comprables.

Martín.- ¡Qué angelito! *(Mirándolo con severidad)* Te desconozco, Andrés... Pero escuchame bien: si te empecinás, tendré que proceder. Sabés que no me ando con muchas vueltas.

Andrés.- ¿Qué podés hacer tú? Ya tengo mi prestigio propio.

Martín.- Puedo hacerte expulsar del Ministerio en dos minutos. Me basta con revelar muchos asuntos

en los que estuviste metido.

Andrés.- Caerías tú también. Si aparecen ciertas cosas que ocurrieron... Naufragaría nuestro «respetable» estudio jurídico.

Martín.- Sabría cómo reflotarlo... pero sin ti. (*Burlón*) Hasta te conseguiría un puesto de portero en tu Ministerio...

Andrés.- Hacé lo que quieras.

Martín.- Ya te lo dije: antes de fin de mes.

Andrés.- Hablaremos.

Martín.- Te lo aviso: no voy a permitir ninguna dilación.

(*Se saludan secamente. Sale Andrés. Vuelve a oírse el estruendo de sirenas, patrulleros, etc.*)

(*Cambio de escena. Está Marisa sola, con aire apesadumbrado. Aparece Laurencia, que se la queda observando unos momentos. Luego se le acerca.*)

Laurencia.- ¿Hablabas con alguien?

Marisa.- ¿No ves que estoy sola?

Laurencia.- Es que tú siempre tenés el aire de estar acompañada...

Marisa.- Tú también atacándome, Laurencia... ¡Tú, la esposa tranquila, la mujer que nunca claudica...!

Laurencia.- Acato lo que tengo, lo que me pertenece.

Marisa.- Ah, quisiera verte en mi lugar. Vivir rodeada de cazadores estupendos, que te ofrecen el mejor sexo en los mejores lugares con las mejores coartadas y la seguridad total. ¿Qué mujer se rehusaría?

Laurencia.- Yo soy la que soy, no importa cómo esté ni dónde ni con quién.

Marisa.- ¡Qué ilusa! Somos según dónde estemos situadas y según haciendo qué. No tengas dudas: en mi lugar, tú serías Marisa; en tu lugar, yo sería Laurencia.

Laurencia.- (*Observándola con detenimiento*) Se diría que estás muerta de miedo.

Marisa.- Lo mismo parecés tú. ¿Qué pasa? ¿Andrés anda en malos pasos?

Laurencia.- Anda. Lo sé todo.

Marisa.- Pero no das un paso por apartarlo de ti.

Laurencia.- Eso es amor. ¿Está esa palabra en tu diccionario?... Vengo de hablar con él. Por primera

vez mencionó la palabra «renuncia».

Marisa.- No me hagas reír. Andrés probó lo que significa estar en el ojo de la tormenta y ver que todos lo consideran un salvador. *(La observa con detención)* ¿Cuál es tu miedo? Si renunciara, ¿qué pasaría?

Laurencia.- Lo perdería para siempre.

Marisa.- ...Y habría alguien, en cambio, que lo ganaría para siempre...

Laurencia.- Sólo Martín es capaz de imponerle su voluntad. Convencelo para que Andrés no se aparte de su puesto. A tu marido no le conviene.

Marisa.- Es decir que aspirás a seguir siendo la Primera Ministra... No eras así, no.

*(Quedan mirándose, con aire desafiante).*

*(Cambio de escena. En el ambiente vacío, entra el Religioso, ahora vestido como sacerdote musulmán. Se dispone a iniciar un oficio).*

Musulmán.- Padre mío, te desconozco pero te acato. ¿Has dispuesto la caída de algunos de tus hijos? Cuando yo los señale con el dedo, expúlsalos de tu antro. Pero no te manches tú. Permítele a éste tu Embajador en la Tierra ser entre los hombres tu puño implacable. En esta selva donde sólo hay fieras, todos se están sacando los pedazos. Sabré proceder para tu más alta gloria.

*(Entona un canto lúgubre. De entre sus ropas, saca algo que puede ser un arma larga, pero no se la distingue bien).*

*(Cambio de escena. Martín y Tipo Hirsuto I. Aquél le entrega a éste un manojito de llaves).*

Martín.- Ahora vas hasta el cofre que ya conocés. No bien lo abras, encontrarás unas carpetas verdes. Me las traerás sin que nadie te vea. Yo te diré adónde vas a llevarlas. ¡Rápido! No demores.

*(Tipo Hirsuto I va a salir presuroso, pero frente a él aparece Andrés, con un manojito de llaves en la mano)*

Andrés.- Ahora vas hasta el cofre que ya conocés. No bien lo abras, encontrarás unas carpetas rojas. Me las traés sin que nadie te vea. Yo te diré adónde vas a llevarlas. ¡Rápido! No demores.

*(Sale Tipo Hirsuto I. Andrés y Martín quedan enfrentados como dos gallos de riña).*

Martín.- Pensá bien lo que vas a hacer.

Andrés.- También tú. Todo está en juego.

*(Cambio de escena. Laurencia sola en escena. Tiene en sus manos a la Cosa, que ahora muestra una gran mancha de sangre sobre lo que sería su cuerpo).*

Laurencia.- Yo me encerraba contigo en la cocina, te acostaba arriba de la mesa y agarraba la cuchilla de cortar carne. Empezaba por hacerte un corte chiquito para que te saliera un poco de sangre. Tú estabas pálida y hermosísima. Gemías bajito. Yo me sentaba en el banquito de la cocina a ver cómo te desangrabas toda entera. *(La mira a los ojos)* ¡Cuántas veces te maté! Yo, una infanticida de nacimiento... Por eso nunca quise tener hijos. Por eso y porque amo demasiado a mi cuerpo. Lo quiero sin ningún brote, sin ninguna flor que me aparte de él. *(Apoya su mano en la sangre de la Cosa)* ¡Pero qué sabés tú? Tú, a quien debí haber matado de verdad no sé cuántas veces...

*(Entra Andrés. Mira largamente a Laurencia)*

Andrés.- ¿Qué debo hacer, Laurencia? ¿Firmar esos decretos?

Laurencia.- ¿Por qué me lo preguntás a mí? ¿Porque soy tu esposa? Es una razón demasiado débil. No quiero seguir siendo la señora Ministra. Quiero saber si te puedo seguir amando cuando te quedés sin nada.

Andrés.- ¿No te da asco lo que soy ahora? Un hombre influyente, dicen todos. Una voluntad poderosa. ¡Cómo me río si me miro por dentro!

Laurencia.- Sí, me producís una hipnosis que no me conocía. Pero quiero bajarme de allí, volver a ser la que lleva a todas partes este bicho inexplicable. La loca Laurencia, dicen. La tonta Laurencia. Pero te aviso: te queda poco. Martín es implacable.

Andrés.- Yo también puedo serlo. Y lo tengo en mis manos, como él me tiene a mí. *(Con amargura)* ¿Y si nos arruinamos todos juntos, si nos destruimos como fieras? *(Pausa)* No me dejes solo en un momento así. *(Mirando a la Cosa)* ¿Por qué sangra el bicho ése? Llévalo rápido al Sanatorio; no se te vaya a disolver.

Laurencia.- Soy yo la que sangro. Me voy a llevar al Sanatorio.

*(Sale rápido. Pasa el Religioso por el fondo, ahora con ropa de Pai. Se lo ve muy ocupado)*

*(Cambio de escena. Marisa sola. Tiene un baby-doll negro en la mano)*

Marisa.- Marisa la puta. Así se decía antes. Ahora me dirían «Marisa la suelta, la que está explorando una tierra desconocida». *(Se prueba el baby-doll por encima del cuerpo)* Matás, Marisa querida. Pero los hombres se creen que son ellos los que me voltean a mí. ¡Qué manga de imbéciles!

*(Aparece Martín, sombrío)*

Marisa.- *(Con deliberada desenvoltura)* Mi querido esposo, ¿te gusta el baby-doll que me compré?... ¿Querés que me lo ponga para que me lo veas?

Martín.- No juegues, Marisa. Puedo acogotarte.

Marisa.- Qué susto.

Martín.- Estuve revisando despacio las carpetas de Andrés. ¡Pobre diablo! Si salen a luz, lo sacan del Ministerio de los fundillos; y no sé si no termina en la cárcel.

Marisa.- Ah... ¿me estás pidiendo que te proteja?

Martín.- Lo que me importa, mi querida putona, es que Andrés firme esos decretos. Y que después influya sobre...

Marisa.- A mí no me pidas eso. Quiero que Andrés salte de donde está. Que se decida a ser otro hombre. Es decir: un hombre. O sea: que se desprenda de ti.

Martín.- ... Y que se junte contigo. Pero él no puede aceptar tu maratón de ejecutivos. Es más rígido que yo.

Marisa.- ¿Qué paso vas a dar ahora?

Martín.- Ninguno. Le toca mover a él: firmar o no firmar.

Marisa.- ¿Y si no firma?

Martín.- Empieza la guerra. Lo haré caer.

Marisa.- Te hará caer.

Martín.- Veremos. *(Pausa)*

Marisa.- ¿No sentís un olor extraño en esta casa? Empezó ayer de mañana. Como si se estuviera desparramando suciedad por todos los rincones.

Martín.- ¿No será tu conciencia?... *(Pausa)* Entonces... ¿te negás a convencerlo de que firme?

Marisa.- Lo pensaré. Puedo tener un argumento de fierro.

Martín.- Tu baby-doll de guerra...

Marisa.- Mi baby-doll de guerra. Pobrecito Andrés. Ahora dejame tranquila: tengo que probármelo a solas, ensayar posiciones y demás. Podría darte un infarto. Hasta luego, esposo mío.

Martín.- Andate a la misma mierda.

*(Sale. Marisa apoya su cara en las manos y se pone a sollozar).*

*(Cambio de escena. Andrés en su despacho ministerial. Entra Tipo Hirsuto 2 con unos papeles en la mano. Viste con sobria corrección burocrática).*

Tipo Hirsuto 2.- Ya le preparé los decretos para que los firme, señor Ministro. La señora Marisa

volvió a llamar por teléfono.

Andrés.- ¿Tercera vez...?

Tipo Hirsuto 2.- Cuarta. Se enfurece conmigo.

Andrés.- Aguantate. Típica tarea de secretario.

*(Sale Tipo Hirsuto 2. Andrés queda un momento absorto. Agarra los decretos y los lee con detenimiento)*

Andrés.- Mire si voy a firmar estas barbaridades... Pero si no los firmo, aquél me corta la cabeza.

*(Vuelve a quedar pensativo. Entran en silencio Laurencia, Marisa, Martín y el Pai. Toman asiento, expectantes, alrededor de Andrés, que sigue dubitativo. De pronto agarra la lapicera. Duda unos momentos. La vuelve a dejar).*

Marisa.- En mi dormitorio empezó a aparecer un humo oscuro. ¿No lo vieron ustedes en otras partes de la casa?...

Laurencia.- Yo vi cruzar como un harapo volando. Como si fuera un murciélago.

Pai.- Quizás el Señor nos está mandando indicaciones. ¡Ojalá nos proteja!

Martín.- ¡Basta! Todo está en su sitio. En mi casa jamás hubo intrusos.

*(Andrés, con la mayor solemnidad, se pone de pie. Martín, el Pai, Marisa y Laurencia, impresionados, hacen lo mismo. Larga expectativa. Andrés habla con gravedad)*

Andrés.- Que nadie piense que gobernar es fácil. El gobernante debe ser flexible, pero rígido; rígido, pero flexible. En el caso concreto de estos decretos, mi Ministerio ha decidido ser rígido, pero flexible; flexible, pero rígido.

Martín.- ¿Otra vez?... Parece que le gustó la frase. ¡Pero cuánto demora en largar prenda!

Pai.- ¡Chist!

Andrés.- En resumidas cuentas, señores, este Ministerio ha terminado por decidir, después de largas deliberaciones... que cumplirá con su deber. Buenas tardes. *(Desconcierto general)*

Martín.- ¿Pero qué quiere decir eso?: ¿firmará o no firmará?

Pai.- No lo apure. El sabe lo que hace, iluminado sin duda por la sabiduría del Señor.

Martín.- ¡Qué Señor ni Señor! Nuestra época requiere velocidad supersónica, mi amigo: ¡aplastar, antes de que lo aplasten a uno!

Pai.- ¿Pero quién habla de aplastar? Aquí se trata...

Martín.- *(Con ojos golosos)* Deje de hablar, apreciable Sacerdote africano. Mire usted lo que estoy mirando yo...

*(Andrés acaba de sentarse en su escritorio y ha empezado a firmar los decretos. Martín se abalanza emocionado sobre él y lo abraza con efusión)*

Martín.- ¡Socio querido, hermano del alma! ¡Yo sabía que no me ibas a fallar...!

Andrés.- Que Dios nos proteja...

Martín.- Eso tenés que pedirselo al Religioso éste. Para eso le pagamos.

Pai.- *(Yendo hasta Andrés y besándole la mano)* Me parece una decisión muy sensata, concorde con las enseñanzas de...

Martín.- *(Volviéndose eufórico hacia Marisa y Laurencia)* ¿Y las dos mujercitas, qué dicen?... Bueno, no hay mucho que adivinar: sus caras lo dicen todo...

*(Pero las caras de las dos mujeres no expresan nada. No se podrá vislumbrar si aprueban o condenan).*

*(Cambio de escena. Aparecen los dos Tipos Hirsutos, que están otra vez con melena y barba desprolijas, y casi en harapos).*

Tipo Hirsuto 1.- ¿No será mejor que nos mandemos a mudar? No me gusta nada cómo se está poniendo esta casa.

Tipo Hirsuto 2.- Pero aquí, al menos, tenemos trabajo.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Qué trabajo? ¿Ser secretario del Ministro? Pero me parece que este Ministro va a durar muy poco. A ver si terminamos presos nosotros también...

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y a dónde nos iremos, si dejamos esto?

Tipo Hirsuto 1.- A morirnos de hambre por ahí. Como hicimos tantas veces.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y ahora qué hacemos con todo lo que aprendimos? Hemos resultado más inteligentes de lo que pensábamos.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Y si ponemos una empresa?

Tipo Hirsuto 2.- ¿Nosotros?... ¡Flor de idea! ¿Empresa de qué?

Tipo Hirsuto 1.- Yo qué sé. De algo. La cosa es que se sepa que somos empresarios. Si hoy no sos empresario, no existís.

Tipo Hirsuto 2.- ¡Eso! Ejecutivos. ¿Sabés cómo te trae plata ser ejecutivo? ¡Y qué minas!

Tipo Hirsuto 1.- Me gusta la idea. Entonces vamos a reunir enseguida el Directorio. Es decir vos y yo. Cosa de decidir qué empresa ponemos.

Tipo Hirsuto 2.- Y cómo nos repartimos las ganancias. No vaya a ser que terminemos peleados, como hacen siempre los socios de verdad.

*(Se disponen a salir, pero Tipo Hirsuto 1 se detiene)*

Tipo Hirsuto 1.- Decime: ¿vos no sentís un olor raro en esta casa?

Tipo Hirsuto 2.- Andá a saber qué será. Por eso digo: mejor nos vamos.

*(Los dos olfatean el aire. Luego salen)*

*(Cambio de escena. Andrés y Martín)*

Martín.- ¿Asustado?

Andrés.- ¿Por...?

Martín.- Nos están tirando piedras de todos lados.

Andrés.- Ya lo sabíamos.

Martín.- Hay que esperar que pase la tormenta. *(Pausa)* ¿Suponés que te van a exigir que renuncies al Ministerio?

Andrés.- Sería un milagro, si no. Con todo lo que se está diciendo... De mí. De ti no se habla.

Martín.- ¿Qué nos importa? Pasado el bochinche, quedamos parados. *(Silencio)*

Andrés.- ¿Sabés...? Pienso que, cuando pase todo esto, me iré del país. No me va a gustar seguir acá. Voy a quedar muy golpeado.

Martín.- Quedaremos más fuertes que nunca, ¿no te das cuenta? *(Pausa. Como estudiándolo, con súbita preocupación)* Y en caso de irte... ¿te llevarías a Laurencia?... Pienso que de repente no quiere moverse de aquí. ¿Pero vos te la llevarías lo mismo, me imagino?...

Andrés.- No la puedo obligar.

Martín.- Es tu esposa, ¿no?

Andrés.- ¿A qué viene todo este interrogatorio? ¿Tenés miedo que me vaya con Marisa, que te la robe?... *(Pausa)* ¿Es que a ti no te importa el enchastre?

Martín.- ¿Qué enchastre? Dentro de un par de semanas, ya ni se habla del asunto.

Andrés.- Pero la gente, la prensa...

Martín.- ¿No conocés este país? Las bocas existen para una sola cosa: para ser tapadas.

Andrés.- Tal vez tengas razón. Sigo siendo el ingenuo de siempre.

*(Entra Marisa. Lleva puesto el baby-doll negro. Los mira a los dos. Parece estar algo bebida, pero sin que haya que exagerar este rasgo, que se marcará apenas).*

Marisa.- ¡Ah, los dos triunfadores... juntos! Los dos compinches, los dos asesinos secretos... ¿Cómo me encuentran con mi baby-doll? ¿Bastante seductora? ¿O apenas?

*(Se pone a bailar provocativamente alrededor de ellos, adoptando poses convencionales).*

Martín.- Basta, mujer. Te pasaste de alcohol, me parece.

Marisa.- *(Volviéndose a Andrés)* ¿Y el señor Ministro? ¿Le comieron la lengua los ratones?

Martín.- El señor Ministro está pensando en irse del país... no bien lo echen.

Marisa.- *(Auténticamente sorprendida)* ¿Irte del país?... No me habías dicho nada.

Martín.- ¿Y por qué tendría que decírtelo a ti antes que a mí?

Marisa.- *(A Andrés)* ¿Y adónde te irías, si puede saberse? ¿Creés que Laurencia querrá acompañarte?

Martín.- ¡Qué casualidad!: lo mismo le pregunté yo... Y en la mente me quedó dando vueltas otra pregunta: si Laurencia no te acompañara, ¿te irías solo?

Marisa.- *(A Martín)* Nuestra sintonía de hoy parece perfecta: yo le hubiera preguntado lo mismo. ¿Y él qué te contestó?...

Martín.- Supongo que me habría dado una contestación vaga: que no ha pensado bastante en ese tema. Pero que lo pensará. A la brevedad.

Marisa.- ¿O sea que vas a renunciar al Ministerio?

Martín.- No: lo van a renunciar, más bien...

Marisa.- Cuántas novedades. *(Silencio. Se ve pasar al Religioso por el fondo con un paquete, pero vestido otra vez de Cura católico. Marisa se vuelve súbitamente hacia Martín)* Mi querido esposo: he venido a invitarte a estrenar contigo mi baby-doll. No irás a desairarme... No te preocupes por Andrés: mi propuesta no va a escandalizarlo. Vení, vamos al dormitorio. Quiero ver cómo funciona este disfraz que me he comprado... para ti.

*(Lo toma de la mano y se lo lleva un poco a la fuerza. Salen. Andrés queda solo un momento. Está inquieto. Va hasta el cajón del escritorio y forcejea para abrirlo, pero infructuosamente. Desiste. Vuelve a pasar por el fondo el Sacerdote católico, llevando una caja. Entra Laurencia, agitada)*

Laurencia.- Amor querido, me han dicho que vas a renunciar. ¿Y yo? ¿No pensás en mí? ¡Me sentía bien desempeñando un cargo público! Me apareció una Laurencia que yo no conocía. ¿No te ocurrió a ti algo parecido?

Andrés.- Me ocurrió, sí. *(Como para sí)* Y uno siente que ése que empezó a ser -o ésos, porque son varios- no pueden disolverse así como así...

Laurencia.- ¿Y cómo hablás, entonces, de renunciar al Ministerio...?

Andrés.- *(Sonríe)* Ni se me pasa por la cabeza. Ni tú ni yo dejaremos la política. Ya es demasiado tarde.

Laurencia.- ¿Prometido?

Andrés.- Prometido, mi querida Ministra.

*(Han aparecido Martín y Marisa, los dos solemnes, graves. Marisa viste mangas largas, ningún escote, falda hasta los pies. Parece una monja).*

Martín.- *(A Andrés)* Hay dos señores que piden por mí. ¿Sabés algo de eso?

Andrés.- Nada. La menor idea.

Martín.- *(Mirándolo muy fijo)* ¿Estás seguro?

Andrés.- ¿Qué me querés decir?

*(En ese momento, aparecen dos hombres. Son los Tipos Hirsutos, pero ahora vestidos con sobretodo, lentes negros, sombrero. Están muy serios. Se dirigen primero a Andrés)*

Tipo Hirsuto 1.- Perdone, señor Ministro, que lo moleste en su estudio. Pero tenemos una orden que no podemos dejar de cumplir.

Andrés.- ¿Qué son ustedes?

Tipo Hirsuto 2.- Policías. *(Mostrándole credenciales)* Pertenece al Departamento de...

Andrés.- Está bien. ¿Qué órdenes traen?

Tipo Hirsuto 1.- Venimos a buscar al doctor que nos dicen que es su socio. *(Señalando a Martín)* El, me supongo...

Andrés.- Así es: mi socio, sí.

Tipo Hirsuto 2.- Lo vamos a tener que llevar con nosotros. La orden es terminante.

Martín.- ¿Pero qué están diciendo? ¿Dónde se vio? ¿Qué orden es ésa?

Tipo Hirsuto 1.- Del juez competente. *(Se la entrega)* Puede preparar ropa o comida, si quiere.

Martín.- ¡Me tratan como a un delincuente! ¡Esto es inaudito! ¡Vamos, Andrés!: tenés que intervenir. ¿Cómo podés permitir un atropello así? Tú tenés poder para impedir esta barbaridad.

Andrés.- Puedo hablar con el Juez. *(Va hacia el teléfono)*

Martín.- ¡Ya, enseguida! Y que te explique para qué se me manda a buscar así. ¡Nunca vi una cosa igual!

Andrés.- (*En el teléfono*) Habla el Ministro de... Sí, claro, hombre. Deme con el juez enseguida. (*Pausa de espera*) Sí, señor Juez. Explíqueme, por favor de qué se trata, cuáles son los cargos... (*Escucha en silencio largamente. Al final cuelga el tubo*) Es inútil: no puede haber marcha atrás, Martín. Dice tener una documentación que no le deja alternativa.

Martín.- ¿Una documentación...?

Andrés.- Dice que es aplastante.

Martín.- (*Empezando a entender*) ¿Y no te dijo cómo llegó a sus manos...?

Andrés.- No, no me lo dijo.

Martín.- (*Mira a Andrés con creciente desconfianza. Luego, en un arranque, va hasta el escritorio y abre el cajón*) ¡Claro!: aquí no hay nada. (Mirándolo fijo a Andrés) Alguien anduvo revolviendo mis papeles...

Andrés.- Ahora será mejor que vayas con los señores. Yo me ocuparé de sacarte enseguida.

Martín.- (*Sin dejar de mirarlo fijo*) Me duele mucho comprobar esto.

Andrés.- ¿Comprobar? ¿Qué cosa?

Martín.- No me chupo el dedo, Andrés. Acá no hay más que una explicación. Nunca te creí capaz de semejante...

Andrés.- No pierdas los estribos, Martín. Estás ofuscado. No te dejes llevar por...

Martín.- Tarde o temprano me la vas a pagar.

Tipo Hirsuto 1.- (*Dirigiéndose a Martín*) Vamos, doctor. No podemos demorarnos más. (Abre la trampa del piso y lo hacen bajar entre los dos)

Martín.- (*Mientras baja, dirigiéndose a Andrés*) ¡Traidor! ¡Cobarde! No creas que te la vas a llevar de arriba. ¡Basura!

(*Han bajado los tres. Andrés, Marisa y Laurencia han quedado inmóviles*)

Marisa.- Excelente jugada, Andrés. Pero te olvidás de que él se quedó con papeles tuyos que no te favorecen en nada.

Andrés.- ¿Papeles míos? ¿Dónde están? ¿A qué no los encontrás?...

Marisa.- (*Entendiendo*) ¿Te las arreglaste para...? Me cuesta reconocerte... Qué bien pensado: ahora quedás tú solo en el estudio y perfectamente a salvo... ¡Cuánta maestría!

Laurencia.- Pero perdés el Ministerio...

Andrés.- ¿Yo...? ¿Por qué lo habría de perder? A mí no se me puede acusar de nada. Al contrario: gracias a mí, a mi coraje para defender el interés público, los manejos de Martín salieron a luz. ¡Si hasta soy un ejemplo de probidad...!

*(Quedan los tres un tanto perturbados. Poco a poco se miran unos a otros, y al final se echan a reír)*

Marisa.- No somos un ejemplo de lealtad...

Laurencia.- ¿Lealtad?... ¡Qué pesadez! La lealtad es la forma más aburrida de la pereza. *(Rien)*

Andrés.- *(Con animación)* Laurencia: andá a buscar una botella de champagne. ¡Esto es para festejar a lo grande!

*(Sale Laurencia, muy contenta. Marisa se acerca indecisa a Andrés)*

Marisa.- Te admiro, Andrés. ¡Qué mal te conocía!

Andrés.- ¡Qué mal me conocía yo mismo! *(Meditativo)* Es inútil: somos esto o aquello, según el lugar donde nos pongan... *(Pausa)*

Marisa.- ¿Y ahora qué vas a hacer conmigo...? Me refiero a nosotros. ¿Me vas a tirar al tacho de basura...?

Andrés.- *(Sonriendo)* Según cómo te portes. Si no ponés un freno a tus andanzas... Tengo muy malas pulgas, Marisa.

*(Ha vuelto Laurencia con champagne y copas. Se sirven. Beben con alegría)*

Andrés.- Mis queridas muchachas: tengo algo que proponerles. Todos estamos demasiado tensos. ¿Por qué no hacemos un viaje?

Marisa.- ¿«Hacemos»? ¿Quiénes?

Andrés.- Los tres, naturalmente. ¿O alguna de ustedes quiere desertar?

Laurencia.- Lo que es yo...

Andrés.- ¿Y tú, Marisa?...

Marisa.- ¿Me obligarás a portarme bien?

Andrés.- Una vez por semana te doy juego libre...

Marisa.- Me basta. *(Rien)* ¿Pero qué opinará Laurencia de este viaje en trío...? *(A Laurencia)* ¿O en cuarteto? ¿Llevarás contigo al Coso ese?

Laurencia.- A «la» cosa. Porque es mujer. ¡Y bien mujer! Soy yo. *(A Marisa)* Sos tú.

Marisa.- *(Meditativa)* ¿O es, más bien, todo lo que hay...?

Andrés.- Laurencia aceptará, la conozco muy bien. ¿Verdad, mi adorada esposa?...

Laurencia.- Si el señor Ministro me lo manda... ¡Cómo cambia la política a los hombres! ¡Y a las mujeres, no les digo nada! *(Ríen los tres)*

Andrés.- Pues vamos a empezar el viaje ahora mismo. Primera etapa: el mismísimo dormitorio de Martincito. Lo usaremos los tres juntos. Si tú, Marisa, nos das permiso. A propósito, nena: ¿no te podrías sacar ese horrible traje de monja?

*(Marisa se saca el vestido y queda en el baby-doll que tenía debajo. Los tres ríen y celebran, disponiéndose a salir abrazados. Pero en ese momento se abre con fuerza la trampa del sótano. Expectativa de los tres. Al cabo aparece el Religioso, cubierto de mugre y vistiendo ropa que puede pertenecer a cualquier culto. Sale del sótano. Trae un arma larga en la mano y a la Cosa a rastras. Los tres quedan espantados)*

Religioso.- No tanto apuro, señores. *(Va hacia ellos)* Por si no lo saben, les voy a informar lo que ocurre en esta casa. Lo primero que les digo: de esta casa ya no podrán salir. He sellado todas las aberturas. He desconectado luz y teléfonos.

Andrés.- Escuche...

Religioso.- *(Corrigiéndolo)* «Escuche, señor Dios», si me hace el favor.

Andrés.- *(A regañadientes)* Escuche, señor Dios. Usted siempre estuvo a nuestro servicio, y...

Religioso.- ¡Nunca jamás!

Andrés.- Nosotros, mi socio y yo, siempre cumplimos con usted.

Religioso.- Pero yo nunca me sometí al capricho de los dos señoritos. Yo tenía un pacto con el Señor que... ¡Pero para qué hablar de eso ahora!... Sépanlo: hay un Dios de los abandonados y un Dios de los todopoderosos. Hay que decidirse. Ustedes eligieron el que les correspondía; yo los secundé, y ahora me toca expiar. *(Los mira largamente)* Será mejor que les diga algo que los va a sorprender. Huelan el aire. *(Los tres se miran desconcertados)* ¡Huélanlo, les digo! *(Los tres obedecen)* Feo olor ¿no? Hace días que lo venimos oliendo. ¿Saben qué es?... Sí, señores, adivinaron: la casa entera está envenenada. Yo mismo desparramé el gas tóxico por todos los rincones. Y a medida que pasen los días, una especie de niebla letal irá llenando todos los espacios, hasta el final... Ninguno de nosotros escapará.

Andrés.- *(Aterrado)* Señor Dios... por favor, dígame cómo podemos hacer para... para arreglar esto... entre amigos...

Religioso.- *(Cortándolo de mala manera)* ¿Pretendiendo coimear, una vez más...? ¡Y al Señor, nada menos! Pero esta vez pierde el tiempo. *(Señalando la trampa del piso)* Y ahora háganme el favor: ¡bajen!

Andrés.- *(Horrorizado)* ¿Qué dice?

Religioso.- Que bajen al sótano. La van a pasar muy bien.

*(Los tres intentan alguna forma de escapatoria, pero el Religioso les cierra el paso y los amenaza con el arma que traía)*

Religioso.- No hagan estupideces. ¡Bajando! Sin demora. Se me acaba la paciencia. Y a las santas arañas también.

*(Con mil vacilaciones, resistencias y gemidos, bajan los tres. El Religioso cierra con violencia la trampa, pone una silla encima y se sienta. Queda absorto un momento, mirando directamente a la Cosa. Luego le habla con tono reverente).*

Religioso.- Aquí estoy, Señor, aunque nadie sepa quién sos tú. Para salvarte, me he contaminado yo en tu lugar. Con toda humildad te pido que limpies el alma de este sirviente tuyo. Quiero quedarme a tu lado, entre tus arañas sacrosantas, bañándome en el horror de no poder reconocerte.

*(Va hasta la Cosa y la levanta, de modo que quedará erguida en mitad de la escena. El Religioso se pone a oler el aire con insistencia creciente. Puede aparecer algo de humo. El Religioso comienza a toser, mientras se escuchan golpes acuciantes en el piso)*

Religioso.- Salvada sea tu desconexión... Que todo vuelva a ser como siempre fue: tú allá arriba, como un muerto de lujo; nosotros acá abajo, como ropas viviendo... ¡Protégete de lo que somos... olvídate de nosotros... por los siglos de los siglos!

*(Sobre accesos de tos, más humo y golpes desesperados en el piso, irán bajando las luces de escena, salvo un reflector cenital que iluminará únicamente a la Cosa. Más toses del Religioso, hasta terminar ahogándose. Sobre la Cosa irá descendiendo muy gradualmente la luz final).*